

multiforme de la naturaleza; despues de haberse irradiado por los espacios en soles y en mundos; y de haber subido por las escalas de los mundos á las más altas formas orgánicas; despues de haber entrado en nuestro cuerpo y haber visto con nuestros ojos, hablado con nuestros lábios, pensado con nuestro cerebro, sentido en la frente el resplandor de la nueva aurora del espíritu absoluto, le dijeran que retrocediera en su camino, que tornara á dormir en el mineral, á trocar el instinto por la inteligencia, el hado de las especies inferiores por la libertad, ¿no protestaria contra este absurdo, aunque se lo impusiera la voluntad misma de Dios? Pues las naciones modernas han llegado á concebir una idea superior del derecho, una forma digna de esa idea en el Estado, y no retrogradará su conciencia hasta encerrarse en los absurdos organismos de las castas teocráticas, en el monstruoso seno de las vacilantes monarquías.

Hegel lo comprendió tambien así; pero su carácter no estaba al mismo nivel de su inteligencia. Filósofo de un estado monárquico, sacrificó en el altar de la monarquía para que en paz lo dejaran los poderes públicos proseguir sus investigaciones científicas. Pero toda su filosofía de la historia desmiente sus consecuencias políticas. La historia es el desarrollo del espíritu universal en el tiempo; y este espíritu es la razon de Dios que gobierna al mundo. Decir que algo se desarrolla es decir que viene á ser en actos lo mismo que era en potencia. El espíritu, esencialmente activo, desarróllase en acciones. Las leyes de la lógica llámanse en el mundo de la naturaleza leyes físicas, y en el mundo del espíritu leyes históricas. Estas leyes tienen carácter racional y científico. En su movimiento eterno, los seres y las cosas, reciben el impulso de la razon, y van á convertirse en espíritu absoluto, en espíritu con plena conciencia de sí mismo. La Providencia divina que es poder, que es razon, que es virtud, que es fuerza, ha trazado con plan divino, un ideal divino para

gobierno del mundo. Y este plan, este ideal, se encarna sucesivamente en la historia. La historia aparece como una verdadera Theodicea. La historia es el teatro verdadero del espíritu y la esencia del espíritu es la libertad; como la esencia de la materia es la gravedad, la pesadumbre. La historia es la série gradual de vicisitudes por donde ha pasado el espíritu humano para llegar á la libertad y á la conciencia. El Oriente ignoró por completo la libertad. Así, su religion fué como la confusion del hombre con la naturaleza. Allí no hubo libertad sino para uno solo, para la imagen de Dios, que se llamaba rey. Los griegos y romanos extendieron la libertad, la proclamaron para algunos; mas en sus respectivas sociedades quedó la esclavitud. A la raza germánica corresponde el privilegio histórico de haber traído al cristianismo la idea de la libertad personal, de la libertad debida al hombre, no como ciudadano de este ó aquel Estado, sino como persona moral. Mas para aplicar este principio á la religion, á la vida, al derecho, á la política, han sido necesarios esfuerzos verdaderamente gigantescos por su intensidad y seculares por su duracion. La historia del mundo es la historia de la libertad. Y la libertad busca la perfeccion en su desarrollo progresivo. El que no comprenda así la vida, no comprenderá el espíritu. La historia será para él una tragedia donde combaten pasiones encontradas, y que tiene por eternos protagonistas, ya el hado, ya el acaso. El espíritu pasa, al adquirir su libertad, su conciencia y al realizar su perfeccionamiento, por diversos estados históricos. Y no hay estado histórico que no se crea definitivo, y que no oponga resistencia al desarrollo espiritual y humano. De aquí grandes conflictos, en que la victoria definitiva toca siempre á la libertad y á la conciencia. El espíritu se ha confundido con la naturaleza en Asia; ha distinguido al hombre de la naturaleza en Grecia y Roma; ha llegado á la idea plena de su libertad en el mundo germánico-cristiano, en Eu-

ropa y América. Ninguna fuerza ha podido impedir este desarrollo. La humanidad ha llegado á su madurez completa. Esta última edad tiene tres épocas; irrupciones germánicas; feudalismo é Iglesia; tiempos modernos, razon y libertad. El descubrimiento de América fué el alborear de este día, la Reforma fué su mañana, la Revolucion francesa su plenitud. El hombre se siente henchido de libertad, y la libertad henchida de espíritu divino. Y no quiere ya reconocer la diferencia entre sacerdote y laico; ni la diferencia entre monarca y vasallo. La edad de la razon se fortalece desde la paz de Westphalia que asegura la libertad religiosa hasta las revoluciones modernas que revelan el derecho. Decimos á esta edad última edad de la razon, porque conoce las leyes de la justicia y del derecho. La verdad que Lutero creyó encontrar en el libro histórico, en la Biblia, la busca todo hombre en el libro eterno, en la conciencia. Pero el hombre no es solamente razon, es tambien voluntad. Se necesita completar la soberanía de la razon humana con la soberanía de la voluntad humana. En Francia, Rousseau proclamó el derecho de los pueblos; y en Alemania Kant y Fichte dijeron que el hombre solo debe querer su libertad. En Alemania la idea era más libre, y siguió su camino más sosegadamente. En Francia, la idea era más perseguida, sobre todo por la Iglesia, y estalló la revolucion. Se ha dicho que la revolucion francesa provino de la filosofía, y la filosofía no debe negarlo, debe reconocerlo, porque la filosofía no es solamente la razon pura, sino tambien la razon viviendo, la razon realizándose en el mundo. Vino la tempestad porque la idea progresiva tuvo que romper la oposicion ciega y formidable del estado histórico. Para evitar estos conflictos se necesita que nada haya tan sagrado á los ojos de los gobernantes y gobernados como el derecho. Así desarrollaremos el espíritu humano hasta llegar á su plenitud y á su perfeccionamiento. Hé aquí la teoría de Hegel. Decidme si el filósofo

sofo que piensa así, que enciende este ideal en la mente, que traza este plan á la historia, que dicta las leyes del progreso, que ve al espíritu elevarse desde la naturaleza á la conciencia, puede querer sin contradecir radicalmente sus principios, que todo este progreso humano se detenga ó retroceda ante la sombra de la monarquía.

Y la filosofía del progreso aun aspira á más en su desarrollo; en su crecimiento, aun aspira á más que á encerrar el espíritu en la vida social. La política aparece á sus ojos como humilde esfera; el Estado como organismo positivo; la autoridad, á pesar de sus últimos progresos, como potencia exterior, necesitada de fuerza de coaccion, para cumplir sus más inmediatos fines; en tanto que el espíritu, aspirando siempre á mayor libertad, á mayor independencia, no puede encontrarlas sino fuera de su cárcel y de sus cadenas materiales, allí donde es creador, donde sacude de sus potentes alas todo el barro terrestre, en los cielos del Arte. Mientras que en el Estado el espíritu desceñido ya de la naturaleza y sujeto á fuerza más ideal, obedece sin embargo á la fuerza; en el Arte solo se obedece á sí mismo, en el Arte el espíritu solo obedece al espíritu. Y no solamente se emancipa del Estado en la cima de este luminoso Tabor; se emancipa tambien de la naturaleza, se emancipa de todo lo visible, y se recrea en la contemplacion de sí mismo, y se absorbe en su incommunicable esencia, y se acerca á Dios. No, no destruye ninguna de sus anteriores manifestaciones; no reniega de ninguno de los antecedentes y grados de su vida; no rompe la escala misteriosa por donde ha subido á la posesion de su esencia; encerrado primero en la lógica, despues en la naturaleza, pasando de la naturaleza al Estado, y del Estado al arte, no destruye ninguno de los términos anteriores de su vida, los toma por base, por pedestal, de la misma suerte que la tierra agrupa sus armoniosos organismos para que sirvan á su obra maestra, á la estatua que remata el



planeta, al hombre y á su conciencia. Profeta, artista, ya eleve un monumento lleno de grandezas, ya transforme el frío mármol en estatuas donde el espíritu y la naturaleza se abrazan; ya anime con sus colores y matices, con sus creaciones las tablas y los lienzos; ya arranque á las vibrantes cuerdas divinas melodías, ó se eleve á las inspiraciones épicas, á los dolores trágicos, siempre será sacerdote de lo infinito, ángel de regiones etéreas, creador de un mundo ideal superior al Universo, mundo de libertad, como que en él se identifican la idea con su objeto, se tocan el cielo y la tierra, se confunden la criatura y el Creador.

Mirad cómo las artes van separándose progresivamente de la materia. En la arquitectura la materia con su grandeza abrumba al espíritu; las piedras talladas no pasan de símbolos muy alejados de las alturas á que las ideas tocan; arte primero, equivale al mundo mineral en que tiene relativamente su magnitud, sus moles, sus proporciones, y no tiene aun la gracia, la belleza, la variedad de ideas que alcanzan otras formas del arte. El escultor usa también de la materia, pero la espiritualiza, la acerca más á la forma orgánica, la sujeta á expresar la idea, la obliga á manifestar inmediatamente la esencia de la idea, y la eleva hasta confundirla con el tipo perfecto de la humana belleza. La escultura, sin embargo, no puede expresar el alma, el mundo interior; este ministerio lo desempeña el pintor, en cuyos colores, en cuyas figuras, en cuyas escenas, más cercanas á la vida interior, comienza á alborear el espíritu y á dilatarse la esfera intermedia entre las artes plásticas, las artes de la forma y las artes espirituales; las artes verdaderamente expresivas de las ideas, expresivas del alma. La música, más vaga, menos material que las otras artes, ya entra en el mundo del espíritu y expresa lo más íntimo del sentimiento. Pero el arte por excelencia, el que resume toda la vida humana, el que expresa con mayor unidad y variedad á un mismo tiempo la esencia del

espíritu, la identificación de lo finito con lo infinito, el soplo creador de Dios difundiendo-se por el espíritu, y el espíritu elevándose á lo divino, es la poesía.

Pero el arte no es el grado último del espíritu absoluto; hay otro grado superior, hay la religion. Como el arte tiene tres términos; símbolo, ó predominio de la forma sobre el fondo en Oriente: clasicismo, ó armonía del fondo y de la forma en Grecia; romanticismo ó predominio del fondo sobre la forma en el mundo cristiano; la religion tiene también tres términos. Lo que el mundo mineral en el desarrollo de la materia; lo que la arquitectura en el desarrollo de las artes; el panteísmo materialista del Oriente es en el desarrollo de la idea religiosa. Dios lo llena todo, lo representa todo, lo absorbe todo; está en los cielos y en la tierra, en los templos de los sacerdotes y en los palacios de los reyes. La criatura, aun la misma criatura humana, de ninguna manera merece compararse ni con el polvo que levantan las ruedas del carro de Dios en los espacios infinitos. De la libertad no hay idea. Pero el espíritu religioso se transforma. Un nido de perlas sirve á esta transformación: Grecia, tendida sobre los mares como una hoja de morera; rodeada de islas que parecen sirenas; ceñida por un cielo resplandeciente; surcada de montañas donde el mirto y la adelfa crecen como para coronar á los poetas; esmaltada de templos armoniosísimos como si fueran lirios de piedras; poblada de dioses, nacidos en los cánticos de Homero, modelados por el cincel de Fidras, verdaderos reflejos y criaturas de la inspiración artística: que así como en Oriente la divinidad lo llena todo con su esencia, lo lleva todo con su libertad en Grecia el hombre. Mirad cómo la idea se desarrolla. Asia ha producido Dios, no el hombre; Grecia ha producido el hombre y no Dios; pero Dios y el hombre se encuentran cincelados, aunque separados, al finalizar la antigua historia, y viene á reunirlos por medio del Verbo, el cristianismo, la religion

de lo absoluto, la religion del Hombre-Dios.

Pero ni el arte, ni la religion realizan la esencia del espíritu. El espíritu absoluto se realiza completamente en aquella esfera superior, en la filosofía, donde tiene por objeto único la verdad eterna, divina; donde el ser llega por fin, después de tantas sucesivas transformaciones, á la plenitud completa de su vida y á la absoluta posesión de su conciencia. Lo

infinito, lo absoluto, tiene de sí mismo conocimiento en la filosofía, donde termina este largo viaje del ser, de la idea, desde la pura lógica á la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado al arte, desde el arte á la religion, desde la religion á la ciencia donde adquiere la plenitud, como hemos dicho, de la vida, la posesión de la conciencia, llegando á ser espíritu absoluto.